

**Recuerdos de un maestro:  
Karl Ferdinand Franz Termer (1894-1968)**

*El 5 de julio de 1994 se cumplieron 100 años del nacimiento de Karl Ferdinand Franz Termer en Berlín (Alemania), tiempo más que suficiente para pasar revista a su obra, sus logros y su personalidad. El presente ensayo no intenta presentar una minuciosa reconstrucción de su vida, ya que él siempre se mostró reacio a hablar de cuestiones de índole personal.<sup>1</sup> Esta actitud debe respetarse pues de ningún modo —o sólo de manera indirecta— se relaciona con sus actividades científicas, ni tampoco nos parece correcto tratar de dichas cuestiones en un ensayo como éste, que más bien se propone concentrarse en los aspectos ya mencionados: sus logros e intereses, especialmente los que tienen que ver con Mesoamérica.*

Era un amanecer oscuro al final de una noche sin luna. Una figura alta y enjuta caminaba delante nuestro a paso firme y uniforme. Estábamos solos. Los otros miembros de la excursión, investigadores, amigos y un guía de la región se habían adelantado. Sólo veíamos de vez en cuando el titilar de sus linternas, a medida que ascendían la falda del volcán a través de un cafetal. La figura que nos precedía era Franz Termer; la fecha era el 10 de marzo de 1954; el lugar, la ladera sur del volcán San Miguel en El Salvador. A las 4:45 de la mañana habíamos dejado nuestro campamento en la hacienda Mira Cielos (a 1,135 metros sobre el nivel del mar), con el fin de alcanzar la cima de la montaña hacia el mediodía, antes que las nubes cubrieran el área. Como mencionábamos antes, el resto del grupo se había adelantado, a paso tan rápido que luego de sólo media hora algunos ya estaban completamente exhaustos y se vieron forzados a regresar. Franz Termer sólo se sonrió al notar la impaciencia de estos jóvenes y rehusó seguirles el paso. Prosiguió a paso lento, pero sostenido, estrategia adquirida tras una larga experiencia

---

Alemán de nacimiento, Wolfgang Haberland obtuvo el doctorado en Antropología americana en la Universidad de Hamburgo. Está jubilado de su plaza de encargado del departamento de América del Hamburgisches Museum für Völkerkunde (Museo de Antropología de Hamburgo), puesto que sostuvo por muchos años y ahora se dedica a investigaciones en arqueología de Centroamérica, especialmente en conexión con sus excavaciones de tiempos pasados. Lo ocupa asimismo el tema de la introducción de plantas útiles de América a Europa, concretamente durante el siglo XVI.

<sup>1</sup> Para una reconstrucción más detallada de la vida de Termer, véase Wolfgang Haberland, "Karl Ferdinand Franz Termer, 1894-1968", *El México antiguo* 11 (1969): lxvi-lxxi.



*Figura 1.* Retrato de Franz Termer, aparecido en Goetz Freiherr von Houwald, *Deutsches Leben in Nikaragua: Auswanderer-Schicksale* (Bonn: Nicaragua-Gesellschaft e. V., 1986); se reproduce aquí por cortesía de von Houwald

ascendiendo volcanes (ésta era, por ejemplo, la tercera vez que escalaba el San Miguel). Como no era la primera vez —desde que habíamos llegado a El Salvador cinco meses atrás— que lo acompañaba en una de tales excursiones, decidimos quedarnos a su lado en lugar de unirnos al paso de los otros. E hicimos bien. Gradualmente, a medida que dejábamos el cafetal y nos internábamos en la espesura a una altura de 1,500 metros, la distancia se acortaba. Cuando llegamos al páramo, a 1,800 metros de altura, Franz Termer ya había tomado la delantera, posición que mantuvo hasta que alcanzamos la orilla del cráter, a 2,020 metros de altura. Había demostrado de nuevo que su vitalidad y experiencia compensaban plenamente por su avanzada edad: en cuatro meses iba a cumplir sesenta años, lo que lo hacía por lo menos veinte años mayor que cualquiera de los otros miembros de la expedición.

Los volcanes fueron un aspecto importante y muy querido de las actividades científicas de Franz Termer. Para ese entonces, él ya había escalado docenas de ellos en Centroamérica así como en México, Africa (las Islas Canarias) y en Europa (si mal no recordamos, ¡hasta pasó su luna de miel en el volcán Etna en Sicilia!), habiendo escrito numerosos artículos acerca de ellos y manteniéndose al corriente de sus actividades a través de sus numerosos amigos en Centroamérica, especialmente en Guatemala. Continuaría haciéndolo por mucho tiempo. El último que escaló fue el Pacaya en Guatemala —¿en qué otro país iba a ser? Lo hizo el 8 de abril de 1961, casi al cumplir los 67 años. Dejemos al vulcanólogo mismo que describa este último ascenso, escrito poco tiempo después en una carta dirigida al autor de este trabajo:

Al día siguiente escalamos el volcán activo Pacaya, saliendo a las 5 de la mañana para estar en la cima antes que las nubes. Nos dirigimos en jeep hasta Patrocinio, la última aldea accesible en automóvil, pasando por San Vicente de Pacaya. De ahí seguimos a pie a través de la antigua corriente de lava de 1856, una hora sobre lava en bloque, después otra hora de empinado ascenso a través de un ralo pinal hasta alcanzar la nueva corriente de rocas fundidas. El espectáculo produce una impresión fantástica con lava descendiendo a gran velocidad, despidiendo densos vapores de ácido sulfúrico y sulfuro. A nuestras espaldas una boca muy activa emitía agudos silbidos en medio de gran estruendo y por momentos un ruido seco de explosión seguido de una lluvia de escoria. Todo ello una típica erupción lateral a través de una fisura.<sup>2</sup>

Si su amor por los volcanes se debía a su amor por Guatemala o viceversa es difícil de saber con certeza, pero creo que la primera posibilidad es la verdadera. Para él, Guatemala representaba algo así como una segunda patria. ¡No había otro país —probablemente ni siquiera Alemania— que le llegara a la suela del zapato a Guatemala! Cuando platicábamos sobre Centroamérica y le mencionaba con entusiasmo algo acerca de Costa Rica (nuestro país favorito), él solía replicar, “es posible que usted tenga la razón, pero en Guatemala...” y a continuación señalaba que las cosas que yo había mencionado, fuera lo que fuera, eran mucho mejores en Guatemala.

<sup>2</sup> Carta de Franz Termer al autor de estas líneas con fecha 2 de febrero de 1958.

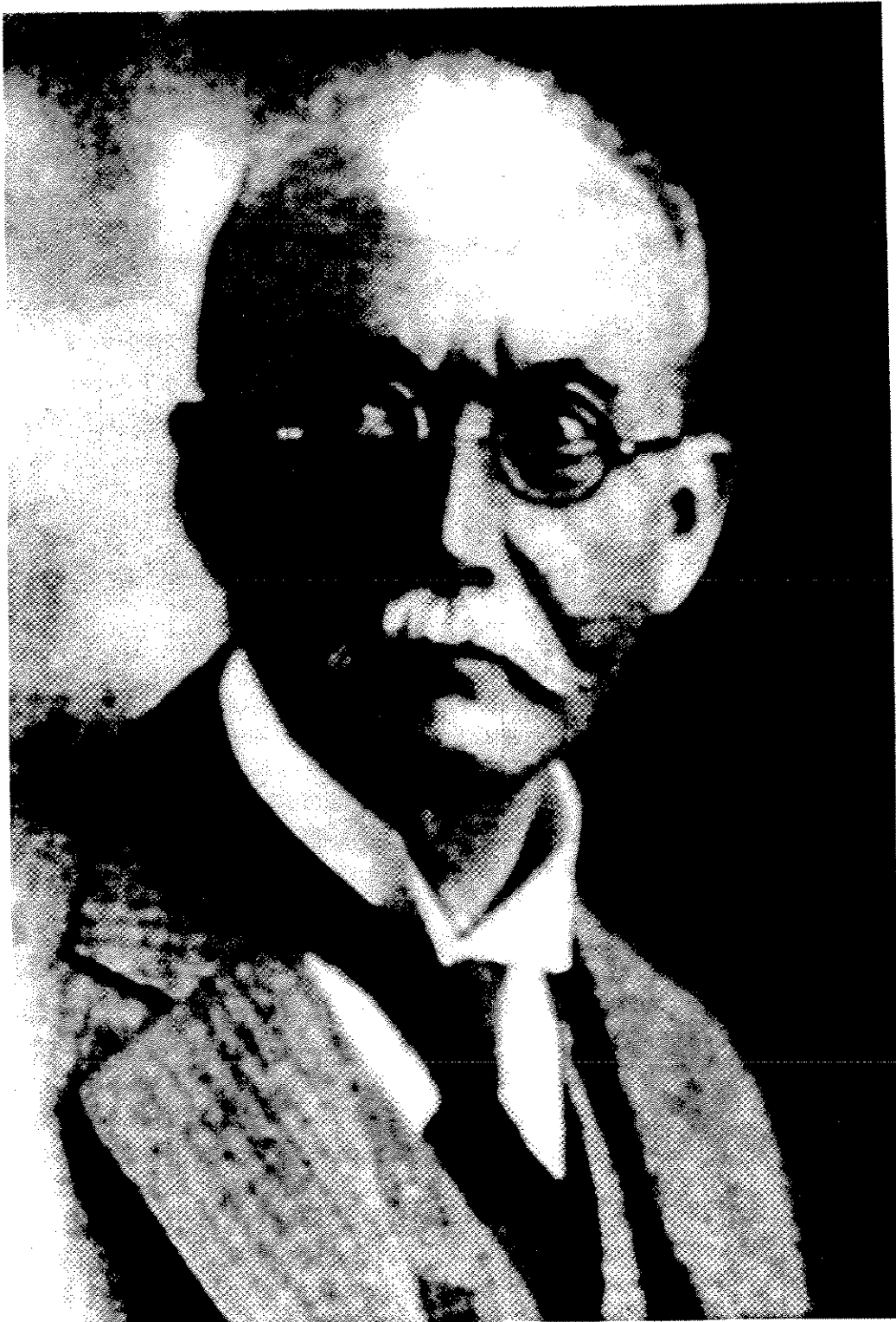
El haber elegido a Guatemala como su área de interés científico se debió sin duda alguna a la influencia de su maestro Karl Sapper, el renombrado geógrafo alemán que vivió desde 1866 hasta 1945 e introdujo a Termer al campo de la vulcanología. De Sapper, Termer también heredó su manera de viajar, casi siempre a pie y a veces a caballo. Sin embargo, aunque éste era el método acostumbrado hacia finales del siglo XIX, ya resultaba obsoleto en los años de 1925 a 1929, la primera vez que Termer pasó un período de tiempo prolongado en Centroamérica, mayormente —claro está— en Guatemala, con algunas excursiones a Honduras, El Salvador, México y los EE.UU.

Por consiguiente, su modo de viajar despertaba cierta curiosidad, según nos lo refirió en una ocasión en tono jocoso. Al comienzo de nuestra estadía en El Salvador (octubre de 1953), nos dirigíamos al volcán San Vicente en un jeep del Instituto Tropical de Investigaciones Científicas de la Universidad de El Salvador, donde permanecíamos en calidad de investigadores huéspedes. El jeep constituía para él un nuevo medio de transportarse a su área de trabajo, más aún porque él nunca —que sepamos— aprendió a conducir. En un principio su actitud fue escéptica, pero pronto lo aceptó como medio de llegar a algún punto de interés distante. Una vez allí, sin embargo, descendía del vehículo y proseguía en su acostumbrado estilo, o sea a pie. Ibamos por la Carretera Panamericana y al cruzar el antiguo camino que conduce de La Victoria a San Vicente, cerca de la frontera con Honduras, vía Sensuntepeque, Termer le pidió al chofer que se detuviese. Desde allí divisamos el magnífico panorama del valle, con el volcán San Vicente y sus picos gemelos en el trasfondo. Nos contó que viniendo de Honduras 25 años antes, había visto dicha montaña por primera vez. Agregó que obviamente para los salvadoreños había sido un curioso espectáculo el ver entrar a un europeo a caballo acompañado por dos indígenas k'iche's y dos mulas de carga. Sólo pensar en esto ciertamente lo llenaba de nostalgia.

El hecho de que Termer hiciera uso limitado del automóvil podría llevar a algunos a concluir que se oponía al progreso o a toda innovación. Esto, sin embargo, sería una interpretación errónea. Si él consideraba que algún artefacto nuevo facilitaba su labor investigativa u ofrecía nuevas posibilidades, él se apresuraba a adoptarlo. Un ejemplo de esto es su utilización de una cámara de cine durante su primer viaje, con la que filmó danzas teatrales representadas por los k'iche's, tales como el "Baile de la conquista", el "Baile de los gracejos" y el "Baile del volador". En esta área Termer fue un pionero, al menos en Guatemala. Afortunadamente, parte del material sobrevivió los estragos del tiempo, y ha sido reproducido y editado por el Instituto de Cine Científico de Gotinga.<sup>3</sup> En realidad, la renuencia de Termer al uso de vehículos en sus viajes posteriores al campo de investigación se debía a que

---

<sup>3</sup> La película es en blanco y negro con una duración de nueve minutos. Se encuentra registrada en el catálogo del instituto con el número C138 y su título es "Festlichkeiten bei Indianern des Hochlandes von Guatemala" (Festividades entre los indígenas del Altiplano de Guatemala), en *Verzeichnis-Ethnologie Amerika*, Göttingen, Institut für den Wissenschaftlichen Film, 1989.



*Figura 2.* Karl Sapper (1866–1945), maestro de Franz Termer, alrededor de 1902; se reproduce aquí por cortesía de von Houwald



Figura 3. Karl Sapper y tres cargadores indígenas, en una foto aparecida en Karl Sapper, *Mittelamerikanische Reisen und Studien aus den Jahren 1888 bis 1900* (Braunschweig: Druck und Verlag von Friedrich Vieweg und Sohn, 1902), pág. 57; CIRMA agradece a Friedrich Vieweg & Sohn el permiso para publicarla

le impedía apreciar todo el paisaje, la geología, la vegetación, etc., que era posible apreciar cuando se desplazaba a pie o a caballo.

El viaje que lo trajo a San Vicente es un buen ejemplo de las rigurosas "excursiones" (él nunca usó el término "expediciones", común en los tiempos modernos) que él hizo durante su primera estancia en Mesoamérica, aun cuando ésta la realizó a caballo.<sup>4</sup> El grupo al que nos referimos salió de Zacapa, Guatemala, el 27 de febrero de 1928. Luego de once horas de camino llegaron a Jocotán vía Santa Lucía. Al día siguiente pasaron por Camotán y Capaljá, y finalmente llegaron a Copán, donde permanecieron hasta el 3 de marzo inspeccionando el famoso sitio y sus alrededores. El viaje continuó a través de la sierra de la Grita, San Agustín y Santa Rosa. De ahí prosiguieron a lo largo del valle del río Mejocote hasta llegar a Gracias, pasando por la meseta llamada "Tabla de la puerta" y por el valle del río Gualmi antes de arribar a Erandique. A continuación vino un empinado ascenso a la sierra de Congolón seguido del descenso hasta el valle del río Lempa. Cerca de la villa de Mapulaca, el grupo cruzó la frontera entre Honduras y El Salvador. La excursión continuó, como ya se indicó, a través de La Victoria, Sensuntepeque, San Vicente (28 de marzo) y de Cojutepeque a San Salvador. Desde esta ciudad, Termer

<sup>4</sup> Diez horas a pie o a caballo era lo usual.



realizó una serie de viajes más cortos. Uno al lago de Ilopango, si mal no recuerdo, acompañado del renombrado geólogo y arqueólogo salvadoreño Jorge Lardé; otro a Sonsonate, desde donde escaló el volcán Izalco, y luego visitó la aldea pipil de Nauizalco y el puerto de Acajutla. Poco después, la expedición reanudó la marcha, regresando a la ciudad de Guatemala, capital de la república tan amada por Termer, vía Santa Ana y la región guatemalteca de oriente.

En total, Termer realizó seis viajes a Mesoamérica, en donde cada vez permaneció por lo menos seis meses. El primer viaje, de 1925 a 1929, ya se mencionó. En 1938-1939 Termer regresó una vez más a Guatemala, concentrándose esta vez en la vertiente del Pacífico, especialmente la zona sur. El mismo se refirió a dicho viaje como "una exploración arqueológica", un viaje preliminar a fin de evaluar el potencial para exploraciones y excavaciones posteriores, las cuales él proyectaba llevar a cabo en 1940. Desafortunadamente para Termer, la Segunda Guerra Mundial estalló poco después y su proyecto tendría que esperar 21 años para realizarse.

Su primer viaje de investigación después de terminada la guerra lo trajo a México. Durante su estancia no sólo visitó numerosos sitios excavados en los 20 años que habían transcurrido desde su primera visita, sino que también viajó extensamente por la península de Yucatán, lo cual resultó en una monografía histórico-geográfica acerca de esta región mexicana.<sup>5</sup>

El sueño de Termer de llevar a cabo su proyecto en Guatemala continuó frustrado por algunos años más, debido a que Guatemala permanecía "en pie de guerra" con Alemania. Por esta razón, en 1953 y 1954, viajó con este autor a El Salvador, donde realizó exploraciones geográficas y arqueológicas así como una corta excavación en las proximidades de Acajutla. Además, tras una breve visita a Honduras, decidimos emprender nuestra primera excursión a Nicaragua. Sin embargo, para don "Pancho", como solía llamarse a sí mismo cuando hablaba con los campesinos, el hecho más significativo de este viaje fue una invitación a visitar Guatemala a fines de diciembre. La visita sólo duró dos semanas (a finales de diciembre y principios de enero), tiempo que Termer aprovechó para ver a sus numerosos amigos de antaño, algunos de ellos por última vez, desgraciadamente. Después de partir de El Salvador y antes de embarcarse de vuelta para Hamburgo, en marzo de 1954, Franz Termer aprovechó la oportunidad para conocer Costa Rica y Panamá. Sobra decir que los volcanes de ambos países tuvieron un papel importante durante esta excursión.

Entre 1957 y 1958 regresó a México, esta vez dedicando buena parte del tiempo a trabajo geográfico y arqueológico en Chiapas. El resto lo ocupó en sendas visitas a los estados de Oaxaca y Puebla. Entre los resultados más notables de esta temporada de trabajo se cuenta la estrecha vinculación

---

<sup>5</sup> Franz Termer, "Die Halbinsel Yukatán", suplemento 253 de *Petermanns Geographische Mitteilungen*, H. Haak, editor (Gotha, Alemania: VEB Geographische Kartographische Austalt Gotha, 1954).

de Termer con el Proyecto Puebla-Tlaxcala, uno de los más importantes que financiara la Fundación Alemana para la Ciencia. Fue también en el transcurso de esta visita que Termer localizó las ruinas de Totemihuacán en el estado de Puebla. A instancias de Termer, el sitio fue más tarde excavado por Bodo Spranz bajo los auspicios del proyecto anteriormente mencionado. Un ejemplo de cómo Franz Termer utilizaba sus vastos conocimientos geográficos para evaluar el potencial arqueológico de un sitio dado puede apreciarse en un breve pasaje de una de las cartas que nos escribió durante este período: "Luego viajé de día en tren desde Oaxaca hasta la cuenca de Tehuacán, atravesando una agreste cañada. Este lugar por sí solo justificaría una temporada arqueológica". Posteriormente, Scotty MacNeish y otros han demostrado que su evaluación era correcta.

Por fin, el 8 de octubre de 1960, Franz Termer, en compañía de su hijo Holger, emprendió el viaje que había proyectado 20 años atrás. En la vertiente del Pacífico de Guatemala realizó excavaciones en Palo Gordo, uno de los sitios que había seleccionado entre 1938 y 1939. Esta temporada de trabajo produjo la monografía arqueológica más importante de su carrera, publicada después de su muerte. Luego de inspeccionar varios sitios en México, Termer regresó a Hamburgo en junio de 1961, en el que sería su último viaje científico.

Hasta ahora sólo hemos hablado de Termer el explorador, el vulcanólogo y el arqueólogo, o sea, del investigador de campo. Ciertamente que ese fue uno de los aspectos de su vida profesional, quizá el más importante para él. Sin embargo, había otro, el de catedrático universitario y director de museo, y es precisamente en lo que toca a este último aspecto de su vida que ha surgido cierta controversia entre aquellos que conocieron a Franz Termer y han escrito acerca de él. Pensamos que ya es hora de aclarar las dudas que existan y por ende para el autor de las presentes líneas tomar parte en la polémica. En un libro brillante sobre antropología y nazismo en Alemania, uno de los estudiantes de Termer, Hans Fischer (quíralo o no, él lo fue), demostró que Termer nunca promovió la ideología nazi sino que en cierta forma protegió a muchas de sus víctimas. Esta actitud, según Fischer, estaba estrechamente relacionada con el hecho de que Termer nunca enseñó, ni promovió, ni inventó teoría alguna.

Con la llegada de Franz Termer [a Hamburgo], no sólo cambió esta orientación [una relación con la biología promovida por el antropólogo físico Georg Thilenius, antecesor de Termer], sino que también se volvió completamente descriptiva y desprovista de teoría.<sup>6</sup>

Prosigue Fischer, "y cuando recuerdo mis años de estudio [en Hamburgo], recuerdo haber oído el término 'teoría' sólo en la expresión 'nada más que teoría'".<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Hans Fischer, *Völkerkunde im Nazionalsozialismus: Aspekte der Anpassung, Affinität und Behauptung einer wissenschaftlichen Disziplin*, Hamburger Beiträge zur Wissenschaftsgeschichte 7 (Berlin: Dietrich Reimer Verlag, 1990), pág. 16.

<sup>7</sup> Fischer, *Völkerkunde im Nazionalsozialismus*, pág. 16.



Fischer no se equivoca al aseverar que Termer no sostuvo ninguna doctrina o teoría etnográfica. Sin embargo, eso no significa que no haya tenido convicción teórica alguna. Como estudiante de Sapper, Termer era "nieto" científico de Friedrich Ratzel (1844-1904). El, sin embargo, no comulgó con las ideas tardías de este antropogeógrafo, especialmente aquellas relacionadas con la geografía política ni su difusionismo, lo cual lo convirtió en uno de los precursores de la *Kulturkreislehre*.<sup>8</sup> De hecho, Termer se oponía fuertemente a estas ideas, sumamente populares en esa época. Nunca escribió, que nosotros sepamos, nada profundo en su contra, pero esto podía escucharse en sus cátedras universitarias.

Lo que Termer sí promovió fueron las ideas iniciales de Ratzel acerca de la influencia del medio ambiente, del entorno geográfico en el desarrollo y dirección de la cultura humana, ideas que Ratzel formuló en *Anthropogeography*, y de cierta manera en su *Völkerkunde* (1885-1888).<sup>9</sup> En esta última obra escribió:

Esas condiciones naturales que permiten la acumulación de riqueza en base a la fertilidad del suelo y al trabajo son, sin duda, de capital importancia para el desarrollo de la cultura.... Las regiones cálidas y lluviosas, dotadas de abundantes recursos naturales resultaron sin duda sumamente aptas para el desarrollo inicial de la especie humana. De ahí que sea fácil asumir que los primeros humanos fueron habitantes de los trópicos.<sup>10</sup> Pero si por cultura se entiende el desarrollo de las capacidades de la humanidad con el fin de ejercer un mayor control sobre la naturaleza, entonces la cultura sólo pudo desarrollarse como resultado de factores externos adversos que mantenían a los seres humanos en circunstancias desfavorables, situación que a su vez los forzó a concentrarse con más intensidad en su supervivencia. Tales factores adversos predominan en las zonas templadas y sólo se dan en grado mínimo en los trópicos. Esto nos lleva necesariamente a concluir que las regiones tropicales fueron la cuna de la humanidad y las templadas la cuna de la cultura. Cuando comparamos lo que la naturaleza puede ofrecer con las posibilidades inherentes en la mente humana, encontramos que las diferencias son enormes. El tipo y la cantidad de recursos naturales disponibles permanecen constantes a largo plazo. Los niveles de producción de los productos de primera necesidad fluctúan año tras año, o sea que no se pueden calcular de antemano. Ciertos factores externos condicionan dicho proceso, tales como la situación geográfica, la altura sobre el nivel del mar y el grado de fertilidad del suelo. Al principio, el poder humano sobre la naturaleza fue muy limitado. Sólo con el desarrollo de sus facultades mentales y el

---

<sup>8</sup> Movimiento filosófico-antropológico de principios de siglo que se interesaba en una región determinada por sus rasgos culturales similares y en su difusión (*nota del Editor*).

<sup>9</sup> Friedrich Ratzel, *Anthropogeographie*, 2 tomos (Stuttgart: Verlag Engelhorn, 1882-1991); y *Völkerkunde*, 3 tomos (Leipzig: Verlag des Bibliographischen Instituts, 1885-1888).

<sup>10</sup> Ratzel habría aceptado con entusiasmo las ideas actuales acerca del origen africano de la humanidad. Queda por decidir si sus ideas se deben considerar como producto de pura suerte o cuidadosa presciencia.

poder de su voluntad logra el ser humano expandir dichos límites. Aun así, la naturaleza nunca le permitirá superarlos.<sup>11</sup>

Lo anterior aún carecía de precisión, pero no debemos olvidar que estas ideas y otras similares como, por ejemplo, sus observaciones acerca de la influencia del trabajo en el desarrollo de la cultura, fueron formuladas hace más de 100 años.<sup>12</sup> No obstante, es probable que existan pasajes en otras de sus obras, como su *Anthropogeographie*, donde dichas ideas puedan estar más desarrolladas.

En todo caso, Ratzel fue, en cierta forma, el precursor de Julian H. Steward (1902-1972), quien en su concepto de ecología cultural destacaba a la influencia y las limitaciones del medio ambiente en el desarrollo de la cultura. Como observó Murphy en su evaluación del trabajo de Steward:

El método ecológico-cultural llevó a Steward a considerar la noción de los recursos disponibles y útiles junto con la tecnología, así como la idea del trabajo necesario para la explotación de dichos recursos y finalmente a considerar la influencia causal del trabajo sobre otras instituciones sociales. Esto último entrañaba un tipo de análisis funcional que, a diferencia de otros, siempre asumía la organización del trabajo —el nexo ecología-cultura— como punto de partida.... Steward asumió como dada *a priori* la trinidad integrada por los recursos naturales, la tecnología y el trabajo, pues, según él, éstos eran influenciados por factores exógenos al sistema social y entrañaban cierta inflexibilidad así como necesidad. Desde luego que existían límites estrictos en cuanto al grado de adaptación de dicho nexo a otras instituciones. En última instancia, el proceso de adaptación tendría que darse a las condiciones ecológico-culturales y no *por* ellas.<sup>13</sup>

Que Steward haya alguna vez leído a Ratzel es poco probable.<sup>14</sup> No hemos encontrado ninguna cita en sus obras. Además, existe una diferencia fundamental entre las ideas de Ratzel y las de Steward en lo que concierne a la relación entre medio ambiente (“naturaleza”) y cultura. Mientras que Ratzel abogaba por un estricto determinismo ecológico, Steward sólo veía el medio ambiente como ejerciendo una influencia básica. Según él,

el problema [de la ecología cultural] consiste en determinar si las adaptaciones de las sociedades humanas a su medio ambiente requieren modos

<sup>11</sup> Ratzel obviamente no previó el desarrollo de la tecnología genética moderna; *Völkerkunde*, I: 17-18. La traducción de los textos de Ratzel es sumamente difícil debido a que utilizaba un lenguaje muy peculiar, a menudo florido, el cual es difícil de entender aun en alemán. Por eso, cualquier traducción sólo puede ser una aproximación al original.

<sup>12</sup> Ratzel, *Völkerkunde*, I: 17.

<sup>13</sup> Robert F. Murphy, “Julian Steward”, *Teachers and Totems: Perspectives on the History of Anthropology*, Sydel Silverman, editor (New York: Columbia University Press, 1981), pág. 192.

<sup>14</sup> Dudamos que las publicaciones de Ratzel hayan sido traducidas al inglés —ésta habría sido una labor horrible para cualquier traductor— ni creemos que Steward leyera alemán. Aun contando con conocimientos rudimentarios del alemán hubiese sido difícil entender los argumentos de Ratzel.

de comportamiento particulares o si, por el contrario, ellas permiten la suficiente libertad que hace posible una variada gama de posibles patrones de comportamiento. Cuando se formula de esta manera, el problema distingue entre ecología cultural y "determinismo ambiental" y la teoría del "determinismo económico", las cuales en general se considera que contienen sus conclusiones dentro del problema mismo.<sup>15</sup>

Como se mencionó antes, Termer también comulgaba con estas ideas acerca del papel del medio ambiente en el desarrollo cultural. Sin embargo, en contraste con Steward, él nunca las exploró ni desarrolló sistemáticamente. Tampoco, que sepamos, las formuló *expressis verbis* en sus libros. Donde sí las expresó a menudo fue en sus cátedras universitarias, llegando a dictar un curso sobre "Vulcanismo y etnografía en Mesoamérica y Centroamérica" en 1951. Que estos conceptos no hayan sido formulados en sus publicaciones es algo digno de lamentar, ya que estaban basados en sus conocimientos de vulcanología y arqueología, una combinación poco común, revivida apenas hace poco por Payson D. Sheets. Termer sostenía la idea de que la antropología y la geografía estaban íntimamente ligadas. Esto puede también apreciarse en una de sus intervenciones en el "Simposio Internacional de Antropología", organizado en 1952 por la Fundación Wenner-Gren para la Investigación Antropológica. Sus palabras fueron éstas: "Me gustaría destacar la importancia de la geografía en relación con la prehistoria y la etnografía. Los etnólogos e historiadores adiestrados en geografía podrían contribuir considerablemente al progreso de la disciplina [antropología cultural]".<sup>16</sup>

Termer y Steward se encontraron ocasionalmente en conferencias y congresos, pero hasta donde tenemos conocimiento, ninguno influyó sobre el otro, ni creemos que hayan siquiera ventilado estos temas. No obstante, Termer debió haber leído el trabajo de Steward, "Evolution and Progress", puesto que ambos participaron en la conferencia auspiciada por Wenner-Gren en 1952, ya mencionada.<sup>17</sup> Robert H. Lowie (1883-1957), uno de los profesores de Steward en Berkeley, debió haberlos puesto en contacto.<sup>18</sup> Como ya lo señaló Murphy, "el método de ecología cultural no fue una creación exclusiva de Steward. Algunos de sus elementos ya se pueden apreciar en los trabajos de su viejo maestro, Robert Lowie".<sup>19</sup>

---

<sup>15</sup> Julian H. Steward, *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution* (Urbana: University of Illinois Press, 1963), pp. 36-37.

<sup>16</sup> "Remarks", en *An Appraisal of Anthropology Today*, Sol Tax, et al., editores (Chicago: The University of Chicago Press, 1953), pág. 227. Esta publicación no aparece en Wolfgang Haberland, "Bibliografía de Franz Termer", *Mesoamérica* 12 (1986): 437-464.

<sup>17</sup> Julian H. Steward, "Evolution and Progress", en *Anthropology Today: An Encyclopedic Inventory*, Alfred L. Kroeber, editor (Chicago: The University of Chicago Press, 1953), pp. 313-326.

<sup>18</sup> También es probable que Lowie haya puesto a Steward en contacto con las ideas de Ratzel, puesto que Steward a veces menciona a Ratzel en sus trabajos.

<sup>19</sup> Murphy, "Julian Steward", pág. 192.

Por otro lado, nos consta personalmente que Lowie y Termer sostuvieron una estrecha amistad, probablemente por un largo tiempo. Fue justamente por conducto de Termer que Lowie visitó Hamburgo varias veces a comienzos de la década de 1950. Nosotros, como estudiantes, apreciábamos mucho estas visitas, ya que nos permitían ventilar con él una variedad de cuestiones relacionadas con la antropología en los EE.UU. Por esta razón, todos nosotros —egresados o no— anticipábamos con entusiasmo el semestre de invierno de 1957-1958 en el que Lowie iba a actuar como catedrático invitado por la Universidad de Hamburgo, en reemplazo de Termer, quien se disponía a emprender su quinto viaje a Centroamérica. La muerte repentina de Robert Lowie, el 21 de septiembre de 1957, precisamente antes de salir de Berkeley hacia Hamburgo, dio al traste con dicho proyecto. Cabe añadir que Termer, en una de las publicaciones del museo en 1951, publicó cuatro de las conferencias de Lowie.<sup>20</sup> En su breve introducción, observa que “aunque los artículos de Lowie están basados en la copiosa experiencia e investigaciones profundas en el campo de la etnología norteamericana —realizadas en el transcurso de una larga carrera como investigador—, los cuatro artículos rebasan dicho marco continental y por ello constituyen aportes importantes al campo de la etnología en general”. Estas observaciones, obviamente desconocidas por Fischer, demuestran, en nuestra opinión, que Termer estaba por lo menos consciente de los problemas que la etnología en general y sus métodos, y quizás aún sus teorías, encaraban; más aún porque dos de los cuatro artículos de Lowie —el primero y especialmente el último— tienen que ver de cierta manera con la teoría etnológica.

También se debe tener presente que, durante el segundo cuarto del presente siglo e incluso a comienzos de la década de 1950, existía una deficiencia de teoría etnológica, especialmente en lo que se refiere a la enseñanza, no sólo en Hamburgo o Alemania, sino también en la mayoría de las universidades del mundo. Michael Harner, por ejemplo, comentó en una discusión acerca de las condiciones en Berkeley en los años 1920 que “había una enorme variedad de cursos sobre diferentes áreas, pero prácticamente ninguna teoría que explicara por qué se desarrolló toda esa variedad cultural”.<sup>21</sup> Leslie A. White se refirió a la Universidad de Chicago de la misma época en términos similares:

Abandoné la sociología porque me parecía que era pura teoría y poca práctica. Pero al saltar de las brazas de la sociología a las llamas de la antropología descubrí que los antropólogos contaban con gran abundancia de hechos, pero nada de ideas.<sup>22</sup>

<sup>20</sup> Robert H. Lowie, *Beiträge zur Völkerkunde Nordamerikas: Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg* (Hamburg: Museum für Völkerkunde und Vorgeschichte, 1951), XIII. Esta obra tampoco se incluyó en Haberland, “Bibliografía de Franz Termer”.

<sup>21</sup> Murphy, “Julian Steward”, pág. 202.

<sup>22</sup> Harry Elmer Barnes, “Foreword”, en *Essays in the Science of Culture in Honor of Leslie A. White*, Gertrude E. Dole y Robert L. Carneiro, editores (New York: Thomas Y. Crowell, 1960), pág. xvii.

Robert Lowie, autor él mismo de un libro sobre la historia de las teorías etnológicas,<sup>23</sup> afirmó con respecto al dominio de Boas en cierta época en la etnología norteamericana:

¿Qué se puede decir acerca de los principios teóricos de la 'escuela Boas'? En mi opinión no hay evidencia de que haya existido tal escuela en sentido literal, puesto que Boas nunca fue un sistematizador. Por consiguiente, no existió una doctrina que sus discípulos sintieran la necesidad de defender. En lugar de dogmas inflexibles, lo que uno aprendía de Boas era la necesidad de acumular material impecable, de sumergirse amorosamente en él, aislar con perspicacia esos problemas que surgen de él y resolverlos con una sobria actitud crítica.<sup>24</sup>

Desde esta perspectiva, no cabe duda que Termer formó parte de la corriente etnológica predominante de su época. La gran mayoría de los investigadores simplemente no se interesaban en cuestiones teóricas. Fue solamente a partir de finales de la década de 1940 y a principios de la de 1950 que dichas cuestiones comenzaron a cobrar importancia, cuando White, Steward y otros comenzaron a explorar nuevas perspectivas, obligando a otros a cuestionar o defender conceptos y teorías empedernidas. Con todo, todavía en 1952, año en que la Fundación para la Investigación Antropológica Wenner-Gren compiló el inventario de las ciencias antropológicas, los temas teóricos seguían jugando un papel secundario. De las 51 ponencias preparadas para esa conferencia por los antropólogos más destacados, sólo 8 trataban de teoría, es decir, un porcentaje de 15.7. Dos de ellas tenían que ver con biología o antropología física y otras dos con arqueología. Sólo cuatro se pueden clasificar como etnología (incluyendo lingüística). Estos constituyen sólo 12.5 por ciento de los 32 artículos que trataban dichos temas, porcentaje muy bajo conforme a los estándares de hoy día, pero que constituyen una prueba adicional de que las cuestiones teóricas aún no atraían el grado de atención que se les daría subsecuentemente.<sup>25</sup>

Al comienzo de este apartado pusimos el énfasis en el término "etnológico" en relación con cuestiones teóricas. Esto se debe a que Termer no fue etnógrafo, o en otras palabras, no fue esa su especialidad. Que Fischer estaba consciente de este hecho lo demuestra la observación que añadió a la cita anterior: "El hecho de que Franz Termer comenzó como geógrafo tuvo un papel decisivo en este caso".<sup>26</sup> No cabe duda que Fischer tenía la razón. Termer fue geógrafo en primer lugar, vulcanólogo en segundo, arqueólogo en tercer lugar y en cuarto, tal vez quinto, etnólogo. Nunca pasó largos períodos de tiempo con ningún grupo étnico, ni escribió monografías etnológicas acerca de ninguna comunidad o grupo, ni siquiera de su amada Guatemala. Lo

<sup>23</sup> *The History of Ethnological Theory* (New York: Farrar and Rinehart, 1937).

<sup>24</sup> Lowie, *Beitrag zur Völkerkunde Nordamerikas: Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg*, XIII: 10.

<sup>25</sup> Véase Kroeber, editor, *Anthropology Today: An Encyclopedic Inventory*.

<sup>26</sup> Fischer, *Völkerkunde im Nazionalsozialismus*, I: 16.

que realizó en este campo se reduce a unas cuantas observaciones acerca de hechos y problemas etnológicos incluidos en su obra "Zur Ethnologie und Ethnographie des nördlichen Mittelamerika".<sup>27</sup> Este trabajo podría también clasificarse como "folklore" o historia, al igual que su primera publicación, "Ein Beitrag zum religiösen und kulturellen Leben der Guaimi-Indianer im 16. Jahrhundert" lo demuestra.<sup>28</sup>

Un examen de su bibliografía confirma esta impresión. De sus 174 publicaciones, que incluyen libros, artículos y noticias, muchas (52, o sea, el 29.88 por ciento) tratan de temas geográficos.<sup>29</sup> La arqueología ocupa el segundo lugar con 44 publicaciones (25.29 por ciento), luego la vulcanología con 26 (14.94 por ciento), "misceláneas" con 24 (13.79 por ciento), la historia con 16 (9.2 por ciento) y finalmente la etnología con 12 (6.78 por ciento). Como se puede apreciar, la etnología fue el campo en el que Termer publicó —y probablemente investigó— menos que los otros. En sus trabajos publicados predominan los temas geográficos. Junto con los trabajos sobre vulcanología, las "ciencias naturales" suman un total de 78, o sea casi la mitad (44.83 por ciento) de todas sus publicaciones.

#### CUADRO 1

*Temas de las publicaciones de Franz Termer,  
como catedrático en Würzburg y en Hamburgo*

<i>Materia</i>	<i>1919-1935</i>	<i>1936-1973</i>
geografía	40.43%	17.50%
vulcanología	21.28	7.50
arqueología	15.96	36.25
etnología	6.38	7.50
historia	5.32	13.75
"miscelánea"	10.66	17.50
<i>Total</i>	100%	100%

Otro hecho interesante se desprende de las estadísticas de sus publicaciones en los períodos cuando Termer actuó como catedrático de geografía en Würzburg (1919-1935) y como catedrático de etnología y director del museo

<sup>27</sup> En *Ibero-Amerikanisches Archiv* 4 (octubre de 1930): 3: 301-492. La edición en español es Franz Termer, *Etnología y etnografía de Guatemala*, Publicación 5 (Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca, 1957).

<sup>28</sup> *Korrespondenzblatt der Deutschen Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* 50 (1919): 9-12: 52-55. Traducido como: "Una contribución acerca de la vida religiosa y cultural de los indios guaimí durante el siglo XVI".

<sup>29</sup> Véase Haberland, "Bibliografía de Franz Termer", secciones A y B, pp. 438-452. Las fechas corresponden a la fecha de publicación original.



de antropología en Hamburgo (de 1936 en adelante). En el Cuadro 1 se dan los porcentajes, puesto que las cifras de obras publicadas suelen ser engañosas. Esta lista muestra considerable variedad en los temas tratados por Termer. Mientras que en el primer período la geografía predominó con más del 40 por ciento, en el segundo período pasó a compartir el segundo lugar con "miscelánea", con 17.5 por ciento. Si agrupamos a las obras de geografía con las de vulcanología, el total (25 por ciento) aún no pasa del segundo lugar. El primer lugar en el segundo período lo ocupa la arqueología americana, la cual obtuvo casi la misma importancia (36.25 por ciento) que la geografía en el período anterior. Evidentemente, las diferencias entre un período y otro reflejan el cambio de posición y responsabilidades al igual que un cambio en los intereses disciplinarios de Termer.

Lo que más sorprende es que Termer haya elegido a la arqueología americana y no a la etnología. De hecho, durante el segundo período, la etnología continuó con su bajo porcentaje casi sin modificaciones, compartiendo el último lugar con la vulcanología. Esto demuestra también que aunque en sus cursos universitarios Termer trató sobre temas etnológicos, sus investigaciones de campo no se ocuparon para nada de dichos temas. La preferencia por la arqueología americana puede reflejar el hecho de que Termer asistió a las famosas conferencias universitarias de Eduard Seler (1849-1922). Según parece, Termer estudió bajo su tutela antes o durante la Primera Guerra Mundial, y tuvo una amistad estrecha con él y con su esposa. Esta fue una razón por la que se le designó como el orador oficial en la celebración del centenario de Seler, la cual tuvo lugar en la ciudad de México en 1949.<sup>30</sup> Por otro lado, Termer nunca mencionó cursos ni a maestros de etnología.

Lo anterior también puede explicar la carencia de trabajos o interés en teoría etnológica. Ciertamente Termer compartía muchas de las tendencias teóricas de su época en los campos de geografía y vulcanología, como lo demuestran sus obras; pero también es cierto que, con respecto a la arqueología americana, hasta la década de 1960 las cuestiones teóricas no habían alcanzado el tipo de atención que llegaron a tener tras el surgimiento de la "nueva arqueología". La situación en el campo de la arqueología americana entre 1940 y 1960 ha sido resumida competentemente por Willey y Sabloff:

La etnología y la antropología social eran considerados los baluartes de la teoría y el conocimiento. La arqueología ocupaba un lugar definitivamente marginal. Cualquier intento por parte de un arqueólogo de contribuir a los grandes problemas de la evolución cultural era recibido con asombro, como si se tratara de un perro parlante: lo increíble no era lo que el perro dijera sino el hecho de que pudiera hablar del todo. La gran mayoría de los arqueólogos aceptaban con humildad decorosa esta posición marginal y estatus secundario.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Véase "La importancia de Eduard Seler como investigador e impulsor de las ciencias americanistas", *El México antiguo* 7 (diciembre de 1949): 11-15 y 29-57.

<sup>31</sup> Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff, *A History of American Archaeology*, 2ª edición (San Francisco: W. H. Freeman and Company, 1980), pág. 130.

¿Por qué entonces debemos suponer que Termer se haya ocupado de una materia de la que hasta los mismos especialistas se abstraían?

Franz Termer fue ante todo un investigador de campo en las áreas de geografía y vulcanología, disciplinas a las cuales hizo aportes importantes, resolviendo problemas legados por sus antecesores. También fue un arqueólogo de práctica que utilizó su experiencia como geógrafo con el fin de explicar ciertos aspectos de dicha disciplina.

Esta perspectiva geográfica formó parte importante del último pero —en nuestra opinión— no por ello menos relevante de sus campos de investigación: la historia. No la historia en general, sino la historia de la conquista y de principios del período colonial, especialmente las crónicas de los conquistadores y los relatos de los primeros viajeros, algunos de los cuales tradujo al alemán. A nuestro parecer, estas obras “históricas” deben figurar entre las más importantes del autor, a pesar de que su número sea tan exiguo. Entre las más destacadas se encuentra su traducción comentada de la quinta carta de Cortés y de las cartas de Alvarado.<sup>32</sup> Otros artículos exploran los reportes y viajes de Thomas Gage, John Cockburn, Pedro Alvarez de Miranda, Pedro Cortés y Larraz, Alvaro Núñez Cabeza de Vaca y otros. Incluso su primer artículo, mencionado antes, tenía un tema histórico-etnológico. Su obra póstuma, la monografía sobre Palo Gordo, también contiene un extenso capítulo titulado “La historia geográfica y etnológica de la región de Palo Gordo”.<sup>33</sup>

Respecto a las cartas de Alvarado, quisiéramos referir otra anécdota personal en la que se pone de manifiesto el geógrafo y el historiador en acción. Este incidente ocurrió el 15 de enero de 1954. Ascendíamos con Termer en automóvil por la cordillera del Bálsamo, la cadena de montañas paralela al Océano Pacífico en El Salvador. Al fondo de un profundo cañón se divisaba el valle que separa a la cordillera del volcán San Salvador. Sobre este valle corre hoy día la Carretera Panamericana, conectando a la capital San Salvador con Santa Tecla, pasando por una aldea llamada Antigua Cuzcatlán. Como se creía que dicha aldea había sido la capital de los pipiles, Termer en su obra sobre las cartas de Alvarado había descrito la marcha de los conquistadores españoles a través de este valle. Contemplándolo en esta ocasión desde arriba, Termer comentó que Alvarado era un feroz sabueso de guerra, pero no tan

<sup>32</sup> Franz Termer, “Durch Urwälder und Sümpfe Mittelamerikas: Der fünfte Bericht des Hernán Cortés an Kaiser Karl V” (A través de selvas y pantanos centroamericanos: quinto informe de Hernán Cortés al emperador Carlos V), *Ibero-Amerikanische Studien des Ibero-Amerikanischen Instituts Hamburg* 15 (Hamburg: Ibero-Amerikanischen Instituts Hamburg-Verlag Conrad Behre, 1941); y “Quauhquemallan und Cuzcatlán: der erste und zweite Bericht des Pedro de Alvarado über die Eroberung von Guatemala und El Salvador im Jahre 1524” (Guatemala y Cuzcatlán: primer y segundo informes de Pedro de Alvarado sobre la conquista de Guatemala y El Salvador durante el año de 1524), en *Hamburger Romanistische Studien*, B. Ibero-Amerikanische Reihe 18 (Hamburg: Ibero-Amerikanischen Forschungsinstitut-Rahmen des Romanistischen Seminars der Universität Hamburg, 1948).

<sup>33</sup> Franz Termer, *Palo Gordo: Ein Beitrag zur Archäologie des Pazifischen Guatemala*, Monographien zur Völkerkunde 8 (München: Kommissionsverlag Klaus Renner, 1973), pp. 18–30.

mal comandante como para conducir a su ejército a través de tal desfiladero, lo que hubiera sido muy desventajoso para las tropas españolas. Además, los pipiles hubieran bloqueado el paso fácilmente, y la consiguiente batalla hubiera figurado en las cartas de Alvarado, aun si se tiene en cuenta que sus descripciones eran a menudo vagas. Su conclusión: esta ruta no podía ser la correcta. En las semanas siguientes Termer se esforzó exitosamente en resolver el misterio. En documentos antiguos halló referencias que ubicaban a la primera San Salvador en otro lugar en el centro de El Salvador y cerca de la capital pipil. Cuando encontramos las ruinas de un antiguo asentamiento español en la hacienda Bermuda, al oriente del volcán Guazapa, las sospechas de Termer se vieron confirmadas de repente. Hasta unas observaciones de Alvarado que Termer no había logrado acomodar en su descripción original ahora tenían sentido. Termer publicó su nueva interpretación en un artículo desafortunadamente poco conocido.<sup>34</sup>

En esta caracterización y recuerdos de Franz Termer aún queda un aspecto por tocar: su personalidad, su carácter. Lo que conocimos de él nos lleva a definirlo como un individuo esencialmente tímido, un hombre manso. En todos los años que le conocimos, nunca le escuchamos alzar la voz con ira. Trataba a todo el mundo de la misma manera, ya fueran embajadores o campesinos; hasta sospechamos que prefería a estos últimos. Se relacionaba fácilmente con ellos y disfrutaba de su conversación. Su naturaleza afable también lo llevó a formar amistades estrechas con muchas personas, especialmente con sus conocidos en Guatemala y con sus colegas científicos, de quienes siempre recibió muestras de aprecio. Muchas de estas amistades profesionales duraron mucho tiempo y hasta sobrevivieron a los penosos años del régimen nazi. Enumerarlas a todas ocuparía varias páginas, y estamos seguros de que aún quedarían muchas sin nombrar. Una lista parcial apareció al publicarse su volumen conmemorativo, cuando Termer cumplió 65 años.<sup>35</sup> Para los estudiantes de Termer interesados en Mesoamérica esas amistades resultaron sumamente valiosas, pues nos abrieron puertas que de otra manera hubieran permanecido cerradas.

Otro aspecto de su timidez fue que él rara vez habló acerca de cuestiones de índole personal. Las consideraba privadas y no le gustaba ventilarlas con otras personas. El y el autor de estas líneas compartieron una habitación por más de seis meses en el Instituto Tropical de Investigaciones Científicas en El Salvador, pero este autor no recuerda que hayan nunca hablado sobre su familia o sus años de juventud; y eso que era estudiante de posgrado suyo y conocía a su familia, ya que solía invitarnos cada año a su casa

---

<sup>34</sup> "Die Marschroute des Pedro Alvarado durch El Salvador im Jahre 1524" (El itinerario de marcha de Pedro Alvarado a través de El Salvador en el año 1524), *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes* 8 (1954): 3-13.

<sup>35</sup> Wilhelm Bierhenke, Wolfgang Haberland, Ulla Johansen y Günter Zimmermann, editores, *Amerikanistische Miscellen: Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg* 25 (Hamburg: Ludwig Appel Hamburg, 1959).

donde, recordamos vívidamente, nos servían café y pastel, y los que querían, recibían unos puros brasileños enormes y oscuros. Dichas veladas terminaban con largas discusiones en su magnífica biblioteca, que estaba dotada con muchos tesoros tales como las primeras crónicas de viajeros a Mesoamérica y Centroamérica, especialmente las de su amada Guatemala.

Termer apoyaba a sus estudiantes de una manera discreta, como cuando llevó a un grupo de recién graduados al XXX Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Cambridge, Inglaterra, en 1952, con becas que él mismo se encargó de conseguir. Una vez allí los presentó ante la comunidad científica y los puso en contacto con muchos de sus colegas. Nuestros conocidos y amigos más antiguos datan de ese evento. A los que no le conocían bien, Termer parecía distante con sus estudiantes, pero esta impresión era por lo general equivocada. Desde luego que no preguntaba cada semana o cada mes acerca del progreso de la tesis de cada uno, pero siempre estaba dispuesto a ayudar si uno tenía dificultades, no obstante él prefería que uno completara el proyecto sin asistencia directa. Según él, éste era el método más efectivo de entrenar a futuros investigadores. Que sepamos, Termer tampoco insistía en que sus estudiantes escogieran temas que le interesaban personalmente o proyectos que le fueran útiles en su propio trabajo. En contraposición a una costumbre de la época —y que no se ha eliminado completamente hasta hoy— Termer exigía que el estudiante, antes de tomar la decisión final, propusiera dos o tres temas y que discutiera sus méritos o dificultades. Este método nos agradaba porque hacía de nuestras tesis creaciones propias y no un proyecto que teníamos que adoptar bajo presión.

Todavía quedan muchas cosas que pudiéramos mencionar en este espacio, a pesar de lo extenso de esta "nota", pero nos parece que se han tratado los aspectos más importantes. Esperamos haber logrado esparcir un poco de color sobre la figura de "don Pancho". No cabe duda de que Franz Termer fue un talentoso geógrafo, vulcanólogo, etnohistoriador y arqueólogo que hizo numerosos aportes a esos campos, que viajó incansablemente por el sur de Mesoamérica y que llegó a conocer esos países, especialmente Guatemala, de una manera que muy pocos hoy en día podrían igualar. Con el pasar de las generaciones, su recuerdo inevitablemente habrá de desvanecerse gradualmente, pero esperamos que algunos de sus aportes perduren y continúen recordándose, especialmente en su amada Guatemala.